



## Obras y Autores

---

# Julio Barrenechea:

# Poemas de

# Colombia

# Y del Ser

Por Hernán del Solar

Cuando se le nombró Embajador en Colombia, en 1945, Julio Barrenechea poseía renombre entre nuestros poetas. Había publicado ya *El mitin de las mariposas*, *Espejo del sueño* y *Rumor del mundo*. Llevaba, por lo tanto, al extranjero destacadas muestras de una poesía clara, armoniosa. No tardó en conquistar el afecto de los escritores colombianos. Eran amplios su cordialidad, su ingenio. Germán Arciniegas, uno de los más afamados escritores de Colombia, escribió en esos días: "Su casa era como la tierra de Chile: abierta a todo el mundo. Se entraba por la ancha puerta y el visitante recibía la acogida de "Barbas", un chileno cara de chivo que hizo vibrar de entusiasmo a todo el pueblo de Bogotá bailando la cueca en un teatro al aire libre. Luego la Embajada era mesa redonda. Allí estaban los poetas, los profesores, los periodistas. Chile se dilataba en la casa de Barrenechea como se extiende cordial en una mesa la luz de la lámpara familiar".

Si el cargo de Embajador duró desde 1945 a 1952, este lapso no hizo sino fortalecer los lazos del chileno con sus amigos de Colombia. Una demostración inequívoca la tenemos en la publicación que hacen en ese país de *Poemas de Colombia y el ser*, donde aparecen muy bellas páginas evocadoras de la estada del poeta en lugares que dejaron en él una honda huella.

El volumen, elegantemente publicado por la Biblioteca "Centenario del Banco de Colombia", trae unos hermosos dibujos de Sergio Trujillo y un prólogo de nuestro actual Embajador Sergio Onofre Jarpa. Anota el prologuista con evidente acierto: "Julio Barrenechea, aunque mucho más joven, pertenece a la misma generación poética de Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha y Pablo Neruda. Si Huidobro fue el vanguardista que rompió los cánones tradicionales; si Gabriela realizó el milagro de construir con los materiales más sencillos la poesía más sublime; si Neruda fue el poeta cósmico y torrencial, y De Rokha, el tonante, avasallador, Barrenechea es el poeta que trasciende e interpreta las circunstancias del ser, la intimidad y el contorno, y sabe encontrar en la naturaleza y en los acontecimientos un ritmo y una armonía que lo llevan a una actitud casi oriental, como esperando siempre que la Providencia muestre sus designios superiores. "Mi poesía, como mi vida, ha sido un camino hacia la muerte", ha confesado él mismo".

Luego agrega el prologuista unas palabras que definen con exactitud al poeta y al hombre. "Pero no nos equivoquemos dando un significado pesimista a esta definición. Julio Barrenechea es el hombre vital, amistoso y expansivo; sólo en sus versos ha reflejado, a veces, sin rebeldía, el impacto del sufrimiento interior. Su poesía fina, transparente, musical, traduce la alegría, el entusiasmo que en su alma inclinada a la bondad, originan la belleza, la amistad, la nobleza y las causas justas".

En apariencia, vemos en esta fina percepción de cómo es, realmente, el poeta, cierta separación entre éste y el hombre. Creemos que no la hay. Las cualidades atribuidas al hombre pertenecen, indistintamente, al creador de poemas, que más de una vez, desde su primera obra, *El mitin de las mariposas*, por ejemplo, junto a la jubilosa vitalidad, su generoso entusiasmo, existe un asomo del íntimo sufrimiento sobradamente perceptible en el resto de su obra.

En el volumen ante el cual nos encontramos ahora se halla el poeta en dos actitudes que le son naturales: mirar hacia fuera de sí —paisajes, ciudades, personas— y contemplarse por dentro, en la intimidad intransferible, en el ánimo, en la secreta voluntad. Los poemas de Colombia constituyen la contemplación, la alabanza de lo visto y lo sentido; las dos partes finales del libro —"Estados de ánimo" y "Voz reunida"— pertenecen a la interioridad, al hombre a solas consigo. En ambas secciones se presenta el poeta con la misma honestidad, el mismo anhelo —siempre logrado— de no apartarse de su naturaleza, de lo que es realmente, sin disfraz alguno.

En "Niña en flor de Colombia" canta la belleza y la gracia femeninas, en una alabanza que no se desmide, una loa auténtica y noble.

Que camines descalza como nube en el pasto,  
si el rocío es el cielo que ha caído en el campo.

Amanece en tus manos otro mundo más puro.

Las cosas se deshacen en tu vago cristal.

¡Oh, patriota del sueño! ¡Oh pastora del humo!

Sombra blanca del agua, convertida en rosal.

Repetidamente la visión de las mujeres colombianas anima su voz y se muestra agradecido de la vida, de cuanto las rodea, del aire que respiran, de la tierra y el cielo que las ampara.

Por los caminos de Colombia, solas,

con la mirada llena de montañas,

mientras las ve el café de ojos pequeños,

o las comenta el grupo de las guadas.

Los caminos se regocijan ante los ojos del poeta transfigurador. Verlas ir, con sus mantones, sus blancos sombreros, es una fiesta que no se olvida.

Toma mi Sur de húmedo pecho

acuchillado por los ríos,

y mis manzanas modeladas

por los dedos del viento frío.

Reúne la visión colombiana con el recuerdo de su tierra chilena y una y otro entran en su alma con alborozo, forman un solo haz indisoluble, le pertenecen por entero. Bellos poemas de un hombre americano que no obedece a la estrictez geográfica, a las limitaciones impuestas por azares ajenos a su amor de toda tierra.

En la segunda sección del libro, lejos ya de la mirada que atrae hacia sí a los seres y las cosas del exterior, a menudo cambia su acento, suele volverse amargo, irónico, frío, rodeado por una ilimitada soledad.

Le temo y odio a ese hombre

que se acuesta en mi cama,

ese hombre con mi rostro y con mi cuerpo.

Es su enemigo, lo siente en su soledad y, astuto, taimado, esperando que el sueño caiga sobre sus párpados para adueñarse de su ser y derribarlo en la angustia. Esta voz, cuando es amarga, siempre se muestra con la misma dignidad de la otra, la jubilosa. Poeta de dolor y gozo auténticos.